

Alone

# La Voluntad

“Como la mujer, la palabra es a menudo «una caja llena de Fenómenos» . . . ”

Ex.



LAMADO por la benevolencia de una dama ilustre a dar un curso de Literatura ante un auditorio compuesto de personas escogidas, recuerdo que una tarde se tocó el tema de la voluntad y alguien dijo una serie de palabras acerca de esta «facultad del alma».

Más que clases o conferencias, eran aquéllas conversaciones de índole intelectual, y no creí faltar a mi programa provocando una ligera digresión para definir claramente la idea de voluntad. En varias ocasiones había intentado obtener fórmulas exactas de algunas afirmaciones corrientes y casi siempre me había sorprendido la vaguedad de las contestaciones. Un día se habla de la imaginación. Pregunto: —¿Qué es la imaginación? Nadie lo sabe. ¿Y el criterio? ¿Y la inteligencia? Silencio. Sin embargo, esos términos se usan y manejan a cada instante, intervienen en todas las discusiones, pasan delante de nuestra vista con la frecuencia de las personas familiares. . . cuya naturaleza íntima, también ¡tantas veces! permanece misteriosa para nosotros.

Ese día le tocó su turno a la voluntad. Se trataba de los dramas de Corneille. Sus héroes, al decir de los críticos, se caracterizan por la energía de la voluntad, por la voluntad férrea, magnífica, triunfante. Bien. Pero ¿qué es la voluntad? A ver, Ud. . . .

—La voluntad. . . es la facultad de resolverse en tal o cual sentido, de ir en tal o cual dirección, es una de las potencias del espíritu.

En realidad, no había objeción seria contra éstas y otras definiciones; pero me dejaban un vacío, porque tras ellas no veía un pensamiento personal, sino la repetición de frases comunes. ¿Cómo funciona la voluntad? ¿De dónde viene? ¿En qué consiste? Yo no quería reglas de Manual Psicológico, ni eco de ajenas enseñanzas, si no algo personal, algo que se hubiera pensado con la sola luz del sentido común y la observación directa, es decir, algo raro y difícil de alcanzar.



—Pues bien—les dije—yo tengo una idea de la voluntad y quiero exponérselas a Uds. No pretendo que sea una definición inatacable; no hay definiciones inatacables. Es lo que se me ha ocurrido a mí mediante la simple introspección, mirándome actuar, tocando con el dedo los resortes de mis actos. ¿Quiere Ud., señora, hacer traer una pizarra a la sala? Yo no puedo pensar sin imágenes, porque no soy filósofo y mi capacidad de abstracción tiene límites muy reducidos. Quiero dibujarles con tiza la voluntad. . .

Hubo un movimiento curioso en el reducido auditorio. Las señoras hablaron, sonrieron, y cuando el mozo entró con el gran pizarrón negro, todas se agruparon en un extremo y algunas requirieron sus lentes con la atención del que va a presenciar una operación de magia y no desea perder un detalle.

Instalado el artefacto al fondo de la sala, tracé al centro de él un círculo y dije:

—Esta es una persona.

Inmediatamente sentí que la simple raya circular tomaba existencia. Agregué: —La personalidad humana, como los astros, está movida por atracciones y repulsiones, fuerzas que la solicitan en todos sentidos y, componiéndose entre ellas, le imprimen su rumbo y le dan su órbita por el espacio. En los astros y los planetas resulta fácil observarlo, porque esas fuerzas, aparentemente al menos, son simples y se reducen a dos: la centrípeta y la centrífuga. Y de su equilibrio resulta la armonía de las esferas y el sistema del universo. En la personalidad humana, en este compuesto de sensaciones, emociones, pasiones y pensamientos, actúan miles y millones de fuerzas y estas fuerzas varían a cada instante al influjo de los accidentes exteriores, por los hechos, por la temperatura, por un recuerdo, por un temor, por una esperanza, por las miles de visiones que cruzan y, apenas perceptibles, fuercen sin embargo nuestro paso y pueden variar completamente nuestro rumbo. Pero el arte de pensar es el arte de simplificar y todas esas fuerzas podemos reducirlas a las mismas que mueven el sistema planetario, atracción, repulsión, y para entrar en un orden de ideas bien accesible, las limitaremos más aun y diremos que son atracciones al bien y atracciones al mal, impulsos buenos, impulsos malos, cada uno con su intensidad respectiva. Desdeñemos, pues los accesorios y, procediendo como los matemáticos, materialicemos en líneas toda la complejidad de los odios y los afectos, de los buenos y los malos sentimientos.

Volviéndome hacia la pizarra, tracé dos rayitas iguales, una hacia arriba, otra hacia abajo.

Y continué:

—Este círculo, que es una persona, está enamorado y ha sufrido una traición. Quiere matar. La línea inferior representa el dolor de la herida moral, el instinto de venganza, la ira implacable, el temblor de la mano que requiere el arma, que siente la necesidad espantosa de disparar, de matar, de aniquilar. Tiene diez centímetros. La línea superior representa todo lo contrario, el miedo al castigo, la piedad hacia la víctima, el atractivo del perdón, restos de cariño invencible, es decir, cuanto se



opone a la resolución del crimen. . . También tiene diez centímetros. Ahora bien, díganme Uds., un ser humano en esta situación ¿qué hará?

En la sala se habría oído volar una mosca.

—No piensen tanto, hablen, digan. Hagan cuenta de que no se trata de un alma, de un corazón, de una entidad humana, sino de un pedazo de materia cualquiera. ¿No recuerdan las leyes de la mecánica elemental? «Dos fuerzas iguales y contrarias se destruyen». Pues bien, aquí tenemos dos fuerzas iguales y contrarias, perfectamente iguales y perfectamente contrarias. ¿Qué hará el hombre sometido a ellas? ¿Uds. no lo saben? Yo creo que no hará nada. . . Me parece de sentido común. Si al mismo tiempo, con la misma intensidad, quiere y teme, la lucha entablada entre el temer y el querer tendrá por resultado cero. . . ¿Por qué se detienen Uds. ante la conclusión? ¿Qué le encuentran a la fórmula? Voy a hacerla más clara.

Y alargué la raya de arriba cinco centímetros.

—Vean Uds. ahora. El amor, la benignidad, el temor al castigo, todo lo que detenía el brazo armado crecen. Hubo un consejo oportuno, una impresión favorable, sobrevinieron recuerdos de antigua educación, propósitos generosos de la juventud, lejanos impulsos atávicos, todas esas corrientes invisibles que cruzan por nuestro fondo sub-consciente y la raya superior se alargó cinco centímetros, se hizo la mitad más fuerte que la raya inferior. ¿Comprenden Uds. el resultado? ¿Se dan cuenta, ahora, de lo que hará el individuo y ven caer el brazo vengador y desprenderse el arma de la mano empuñada?

Dejando a un lado la tiza y limpiándome de los dedos el ligero polvillo blanco, terminé:

—Pues bien, señoras, esos cinco centímetros en que una fuerza excede a otra y la vence, eso, precisamente, es para mi la voluntad. . .

—Ah! no!—dijo una. . .

E inmediatamente se levantó un clamoreo de protesta:

—No, no, eso no. . .

—Eso es demasiado material: en las cosas sucederá así, pero nó en las personas. ¿Dónde queda el libre albedrío?

Una dama algo más entrada en años que las otras, teosofista de profesión, hija de un prohombre y varias veces millonaria, exclamó desdeñosamente:

—¡Eso no es filosofía!

—¿Y por qué cree Ud. que no es filosofía?

—Porque. . . es demasiado claro.

La distinguida señora o, para ser más exacto, la respetable señorita, tenía costumbre de leer con el nombre de libros filosóficos volúmenes que no entendía y se había formado el concepto de que la sabiduría era algo fuera de su alcance; en lo cual, por lo demás, bien podía no estar equivocada.

Continué, sin embargo, deseoso de precisión:

—Uds. pueden aplicar esta definición en la práctica y estoy seguro de que si afinan un poco el análisis comprobarán a cada paso su exactitud, aun cuando los fenómenos de la voluntad son los más complejos y sutiles del sistema psíquico. Y verán, al mismo tiempo—lo que no deja de constituir un goce especial—cuán erra



dos son los conceptos corrientes en esta materia. Se cree, por ejemplo, que una persona equilibrada es una persona de voluntad firme y constante, una persona que nunca vacila antes de tomar una determinación. Todo lo contrario: el que duda, el que titubea, el que jamás se resuelve definitivamente, sino que torna y retorna a pensar cien veces, el que va hoy en tal sentido, mañana en tal otro y pasado mañana en uno diverso, ése es quien tiene sus fuerzas interiores, sus atracciones y repulsiones en estado de equilibrio inestable. Cualquier impresión lo rompe y hace variar la dirección. En cambio, los enérgicos, los tenaces, los perseverantes, los que todo lo vencen con inquebrantable decisión, deben contarse en el número de los desequilibrados, contra cuya potencia de voluntad nada pueden los motivos exteriores. La raya dominante supera cien veces a la raya menor y se necesitaría una especie de aniquilamiento de su personalidad para cambiarles la directiva. En el hecho ¿no tienen parentesco cercano los inventores, los empresarios geniales, los manejadores de hombres y de pueblos, tiranizados por una vocación, y los locos poseídos de una idea fija? El mecanismo es igual: sólo existe diferencia en que mientras unos están de acuerdo con el ambiente los otros están en desacuerdo, mientras los primeros trabajan sobre realidades, los segundos trabajan o creen trabajar sobre reflejos ilusorios. Unos aciertan, otros se equivocan. Otro ejemplo. Las palabras, si se examinan con atención y no se repiten maquinalmente, encierran a menudo el secreto de los procesos intelectuales y sentimentales. Uds. habrán oído a menudo aplicar los calificativos de porfiado y enérgico. Se dice: —Fulano es un porfiado insoponible,—en son de amarga crítica. Y: —Fulano es un hombre de gran voluntad— como la mayor de las alabanzas.—¿Cuál es la diferencia verdadera entre esos dos términos? En el fondo, ninguno. Son los resultados o, mejor, su choque, con nuestro modo de apreciar el mundo lo que los aparta. Llamamos porfiado al que tiene voluntad enérgica en contra de nuestra opinión y enérgico al porfiado que está de acuerdo con lo que nosotros pensamos; creemos que unos yerran y otros se equivocan. Y no hay más. Igualmente concebimos como individuos débiles de voluntad a los viciosos y criminales y como hombres de voluntad fuerte a los virtuosos y heroicos. Error. Para cometer un delito puede necesitarse la misma suma de voluntad que para dejar de cometerlo o para realizar una acción hermosa. Pero nosotros, por falta de análisis, tendemos a confundir las palabras y como es más fácil ir por el mal camino que por el bueno, hemos identificado la debilidad voluntaria con la maldad y la energía con el bien. Es un reconocimiento implícito de la corrupción de la naturaleza humana.

Ante las miradas vacías o absortas del auditorio, guardé silencio un instante. Todo el que habla en público *siente* lo que el público piensa; oye preguntas inaudibles y necesita contestarlas. Aquellas señoras silenciosas me interrogaban mudamente sobre la utilidad de esas definiciones que trastornaban sus ideas corrientes.

Terminé:

—Ignoro si todo esto servirá para algo; yo lo digo, porque me causa placer pensar o creer que pienso con exactitud, tocando hechos, moviendo resortes efectivos y se me figura que talvez, alguien, en alguna circunstancia, podrá sacar



deducciones prácticas y acaso no del todo inútiles de este sistema. En todo caso constituye una excelente higiene del cerebro y se la recomiendo.

Empleamos demasiadas veces las palabras como cajas cerradas cuyo contenido se ignora. Es preciso sentir de cuando en cuando la curiosidad de abrirlas para observar «lo que tienen adentro», como hacen los niños con los juguetes . . . Y no otra cosa he querido hacer esta vez, delante de Uds.

ALONE